

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Su inconfundible pajarita lo delata como rothbardiano. Jeffrey Tucker comparte con Mr. Libertarian su fascinación por los milagros del capitalismo y su aversión a los crímenes de lo público. Austriaco de filiación, periodista y editor de profesión, Tucker es un narrador de anécdotas convertidas en parábolas. Compara el presente y el pasado aludiendo a sus dibujos animados preferidos, *Los Supersónicos*, infinitamente más evolucionados que los *Picapietra*. Desarrolla el concepto de la escasez, y su paulatina remisión en el mundo, hablándonos de un amigo de la antigua URSS que coleccionaba tantos objetos como podía. Ilustra la futilidad de la autosuficiencia desgranando el complejísimo y descentralizado proceso de elaboración de un «helado casero». Se deshace en elogios por el McCafé, ejemplo de universalización comercial de los referentes de las élites.

Tucker quiere llamar la atención sobre la abundancia que nos rodea y el orden social que la ha hecho posible. La damos por descontada, y no deberíamos, porque nuestros padres y abuelos no disfrutaron de ella. No es una mera cuestión de renta per cápita, la riqueza no se mide solo en términos monetarios. Haga el lector la siguiente reflexión: repase su día a día y todo lo que le rodea, y pregúntese si viajaría atrás en el tiempo, aun a cambio de un salario más alto.

Innumerables medicamentos y tratamientos prolongan y mejoran hoy nuestra vida. La ortopedia y la robótica han ampliado la autonomía de discapacitados y abuelos. Encontramos a

nuestro *match* en Meetic, tenemos hijos aunque seamos estériles, practicamos sexo seguro con anticonceptivos, y acudimos al *sexshop* para satisfacer fantasías. Hacemos máquinas y deportes de aventura. Seguimos la ruta que nos marca el GPS, enviamos un paquete urgente con FedEx, imprimimos documentos en casa, ponemos la calefacción o el aire acondicionado, pagamos el periódico con una tarjeta *contactless* y sacamos efectivo de un cajero en cualquier esquina del mundo. Volamos *lowcost* a otras capitales europeas, nos desplazamos con una bicicleta plegable y alquilamos coches con dirección asistida, *airbags*, cambio automático, *bluetooth* y encendido ecológico. Hacemos el pedido del supermercado con un *click*, compramos libros de segunda mano en Amazon, subastamos en eBay, escribimos blogs, descargamos series, chateamos por Whatsapp, hacemos videoconferencias intercontinentales por Skype, guardamos nuestro trabajo en la nube, le pedimos a Siri que nos despierte a las siete, leemos prensa internacional, planificamos viajes con Kayak y Tripadvisor, reservamos cenas con descuento en El Tenedor, regalamos Smartbox, buscamos en Google y aprendemos en Wikipedia. Accedemos a cientos de canales de televisión, nacionales y extranjeros, de deportes, entretenimiento, historia, naturaleza, cocina, viajes, arte, ciencia, de cine clásico y de cine de autor, con subtítulos o en otros idiomas. Escogemos entre alimentos orgánicos, sin grasas, sin gluten, con vitaminas añadidas, con envase reciclable, para vegetarianos, para diabéticos y para nuestra mascota. Preparamos comida en un minuto al microondas, cenamos en un restaurante de fusión en un piso 40, nos llevamos sushi *take-away* y nos traen pizzas a casa. Asistimos a una cata de vinos, a un curso de pastelería o a clases de salsa. Vamos a un concierto, a la discoteca, a la bolera, a un parque de atracciones o al IMAX. Formamos un club de fans o montamos una asociación de frikis. Nos titulamos por internet, nos anunciamos en InfoJobs o LinkedIn, financiamos

nuestra empresa con *crowdfunding* o *business angels*, invertimos en una ETF o en fondos *value*, y donamos dinero a las ONG más eficientes según *GiveWell*. La oferta de que disponemos para divertirnos, aprender, experimentar, ejercitar, relacionarnos, ayudar y crecer intelectualmente no tiene parangón en la historia. Si echásemos la vista atrás nos daríamos cuenta de que Luis XIV tenía menos lujos que el ciudadano medio en la sociedad contemporánea.

El presente volumen es una compilación de artículos sobre las bondades del mercado y los perjuicios del Estado partiendo de la base de que las primeras las damos por descontadas. No es solo que no apreciemos los frutos del capitalismo, es que a menudo ni siquiera los reconocemos como tales. «La mano» del mercado es, a la postre, invisible, y el peligro inherente a esa invisibilidad es que atribuyamos su éxito a otras causas y acabemos sacrificando a la gallina de los huevos de oro.

El proceso de mercado es invisible a nuestros ojos porque es un proceso de coordinación indirecta, que no está teledirigido desde arriba. Los individuos interactúan persiguiendo su propio interés, y al hacerlo generan una constelación de intercambios voluntarios que beneficia a todas las partes. Como señalaba Adam Smith al acuñar el concepto de «mano invisible», no compramos al carnicero para hacerle un favor ni él nos vende su carne por caridad, y no obstante el resultado de este intercambio interesado es que ambos salimos beneficiados. Indirectamente, al perseguir nuestro interés, beneficiamos a los demás. Esta es la gran enseñanza del liberalismo clásico y que Tucker traslada al ámbito moderno y hasta sus últimas consecuencias.

Pero mucha gente no juzga las acciones por sus resultados sino por sus intenciones. Y el ánimo de lucro, la intención de enriquecerse, acarrea un estigma social que condena al mercado antes de que el juez pueda oír sus argumentos. El Gobierno,

en cambio, está cargado de buenas intenciones. Los políticos prometen, la constitución garantiza, y el Estado transmite la imagen de un proyecto épico colectivo con la misión expresa de hacer una sociedad mejor. Da igual que el resultado sea todo lo contrario.

El mercado no cuenta con ninguna misión expresa con la que impresionar a las masas. No es una organización jerárquica intencional que declare luchar por una sociedad próspera y armoniosa. Por mucho que algunos quieran dotarlo de personalidad propia, el mercado no es más que un nombre para designar a millones de personas y asociaciones voluntarias que cooperan entre sí para conseguir sus respectivos fines. Este es el corolario del mercado que a Tucker no deja de maravillarle: que el progreso y la armonía social surjan de un proceso de interacción descentralizado que coordina a cientos de millones de personas sin que nadie desde arriba lo dirija ni nadie desde abajo actúe con el propósito de hacer una sociedad mejor.

Tucker no ve fallos de mercado, sino oportunidades de negocio. Es obvio que el mercado no es «perfecto» si por perfecto entendemos que se ajusta en todo momento y lugar a las expectativas de las personas. Vemos ineficiencias por doquier: aquí hay una necesidad desatendida, allí hay una empresa que sobrevive pese a ofrecer un penoso servicio. Pero cada «fallo de mercado» o ineficiencia desde una perspectiva estática es una oportunidad de negocio desde una perspectiva dinámica. En otras palabras, si algo no funciona hoy, alguien puede hacerse rico arreglándolo mañana. Cualquier demanda insatisfecha es una oportunidad de ganar dinero para quien encuentre la forma de satisfacerla, lo que sugiere que no va a permanecer desatendida mucho tiempo. El mercado, pues, no es nunca eficiente desde un punto de vista estático, solo lo es desde un punto de vista dinámico. Es decir, *tiende* a la eficiencia a medio y largo plazo, instituyendo incentivos económicos y el test de

la rentabilidad para descubrir y corregir ineficiencias conforme transcurre el tiempo. El Estado, sin incentivos económicos ni test de la rentabilidad, ni tiende a la eficiencia ni se le espera. Así, el hecho de que haya una necesidad desatendida o una empresa que ofrezca un pésimo servicio no debería llevarnos a concluir que el Estado «tiene que hacer algo» de inmediato, como si además supiera cómo hacerlo. Más bien debería inspirarnos reflexiones como «un poco de paciencia, seguro que alguien encuentra una solución y se hace rico», o «esta empresa durará poco, la competencia la barrerá», o «si nadie está satisfaciendo esa demanda a lo mejor es que no es tan acuciante como parece y hacerlo implica despilfarrar recursos».

Tucker no teme recurrir a la expresión «que se encargue el mercado». Como afirma el economista Donald Boudreaux, es una regla sencilla para un mundo complejo. Al contrario que la expresión «ya se encargará el Estado», no es una respuesta dogmática ni simplista. Es una regla que encapsula en pocas palabras un elaborado planteamiento teórico con una buena dosis de humildad intelectual. Cuando decimos «que se encargue el mercado» estamos reconociendo los límites de nuestro conocimiento y depositando nuestra confianza en la creatividad de millones de personas que arriesgan su fortuna y su reputación en un proceso descentralizado que premia a los que aportan soluciones y castiga a los que malgastan recursos. Estamos confiando en un proceso que se va autocorrigiendo con el paso del tiempo y que estimula el progreso: cada individuo puede contribuir con sus propias ideas, las ideas compiten entre sí, las mejores ideas son imitadas y triunfan, y las peores van quedando relegadas.

Cuando decimos «que se encargue el Estado», por el contrario, estamos depositando nuestra confianza en un grupo de políticos y funcionarios que actúa en un marco completamente distinto. Los burócratas responden ante los electores que votan

cada cuatro años, no ante consumidores que votan cada día cuando compran o se abstienen de comprar. En el mercado podemos cambiar de proveedor de internet o de compañía de gas con una llamada. Si queremos cambiar de policía, tener una justicia más eficiente o pagar menos impuestos por los servicios públicos, tenemos que hacer las maletas y mudarnos a otro Estado (donde probablemente encontremos similares carencias). Los burócratas no arriesgan sus propios recursos sino los de los contribuyentes, la irresponsabilidad y la ineficacia les sale gratis. Los burócratas no permiten la competencia de ideas, imponen su «solución» a todos uniformemente, y como actúan al margen del mercado no son premiados con beneficios cuando sus ideas sirven a la gente, ni castigados con pérdidas cuando despilfarran recursos. La expresión «que se encargue el Estado» no encierra ningún significado más profundo, se supone que el Estado dará con una solución simplemente porque dice tener la intención de encontrarla, aunque no tenga los incentivos ni pueda recurrir al test de la rentabilidad para hacerlo. Eso sí es un acto de fe.

Jeffrey Tucker invita al lector a valorar los milagros cotidianos del capitalismo y a desprenderse del Estado cuando haya alternativas de mercado. Es más sano preocuparse de las «trivialidades» de tu día a día que de la política nacional. Quizás así, por la vía de la indiferencia, el Estado sea cada vez más irrelevante.

ALBERT ESPLUGAS

NOTA EDITORIAL

JEFFREY TUCKER Y LA ANECDÓTICA ESTADOUNIDENSE

Muchos de nosotros, lectores europeos o latinoamericanos, siempre hemos sentido un especial interés por entender y descifrar una sociedad tan compleja y rica como la estadounidense sin dejarse llevar por los estereotipos más frecuentes en los medios de comunicación. Es un proceso lento y complicado, lleno de equívocos y planteamientos erróneos en muchas ocasiones. Por desgracia, no hay una posición neutra respecto a los Estados Unidos y es muy difícil dar con opiniones fundamentadas que no caigan en el servilismo o, por el contrario, la propaganda antiamericana más absurda.

Uno de los errores más comunes y más extendidos es caer en la tentación de equiparar o comparar sociedades tan parecidas —pero a la vez tan distantes— como la europea y la estadounidense. Craso error. Yo mismo reconozco haber sido uno de ellos. Estados Unidos es una nación única en el mundo por un sinnúmero de fenómenos históricos y sociales irreproducibles en cualquier otro lugar, que la han impulsado a liderar el progreso científico, social y militar desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Aquellos que intentan entender el mundo estadounidense a través del prisma europeo o latinoamericano se equivocan. En mi opinión, solo se conoce Estados Unidos tras haber estado en él, ya sea como residente permanente, como turista o como el ejecutivo que, enamorado de él o por negocios, lo visita con cierta frecuencia. Entender el *modus*

vivendi estadounidense es un proceso laborioso pero interesante. Estados Unidos no es simplemente un exportador de multinacionales. Es, sin duda, un creador de ideas, una fuente de innovación fomentada en todos los ámbitos, ya sea el laboral, el educativo o el deportivo.

Afortunadamente, el genio norteamericano siempre nos obsequia con autores como Tucker. Nadie mejor que él para exponer brillantemente la historia económica y social estadounidenses a través de un estilo peculiar, hilarante pero descaradamente mordaz, sin medias tintas. Tucker, buen conocedor del inmenso poder de la red como difusor de opinión e ideas, desarrolla una prosa muy atractiva para el lector: parte de una simple e inocente anécdota, surgida en algunas ocasiones durante sus viajes (Tucker es un auténtico nómada gracias a su intensísima vida como conferenciante en Estados Unidos y Canadá) o su provechoso uso de las redes sociales (cuenta con un gran número de seguidores en Facebook y Twitter y escribe a diario) y desarrolla a partir de ella unos argumentos sólidos, difíciles de rebatir incluso por los sectores más opuestos al liberalismo y al libre mercado. Es un incansable intérprete de la sociedad norteamericana contemporánea que no renuncia al pasado para buscar respuestas a los problemas actuales.

Aquellos que quieran ver en este libro una buena introducción a los problemas económico-sociales de los Estados Unidos aciertan. Quienes ya tienen un conocimiento más profundo y quieren saber más sobre el país del dólar, las hamburguesas con queso y la incansable búsqueda de la prosperidad individual, también. Esta obra es una notable recopilación de temas que ofrecen una excelente referencia a los problemas más recientes del país. El lector irá reconociendo a través del libro el verdadero espíritu de la sociedad americana: el valor y el reconocimiento del trabajo, el pragmatismo en todas sus facetas y la enorme importancia de la libertad del individuo en todos los aspectos.

El liberalismo en Estados Unidos no es un fenómeno extraño: es, sin duda uno de los valores fundacionales del país, trazable en el carácter de los ciudadanos y las instituciones norteamericanas. Forma parte del conjunto de valores que hacen posible el American dream: el progreso y el éxito individuales, la reducción de la intervención estatal, el incansable empeño de la clase media por generar riqueza y aportar al resto de la sociedad una productividad nacida del ingenio y la creatividad, la competitividad ligada al esfuerzo personal y el rechazo generalizado a la coacción y la asfixia generadas por la regulación gubernamental al libre mercado y a la libertad del ciudadano.

Disfrutad de Tucker. Espero –y creo– que el lector disfrutará de la contribución del hombre de la pajarita (complemento indispensable en la vida diaria de este sureño amante del buen whisky). Tras su lectura, no dudéis en seguirlo en Facebook y en otras redes sociales. Es un escritor especialmente activo y muy accesible para todo aquel interesado en el liberalismo y el libre mercado. Además, es un reconocido portavoz del influyente movimiento libertario y un asiduo en programas televisivos de economía sobre la deuda estadounidense o el Bitcoin, fenómeno financiero sobre el cual ya predijo sus consecuencias y del que es un ferviente y entusiasmado defensor.

JOSÉ ÁNGEL ALONSO

PRÓLOGO

Una mañana pasé el tiempo leyendo que en el pasado muchos miles de personas murieron por el escorbuto y solo porque los viajeros en alta mar disponían de cantidades muy limitadas de fruta y vitamina C. El escorbuto ya era una enfermedad conocida en la Antigüedad y durante los siglos XVI, XVII y XVIII es posible que llegara a matar a más de dos millones de marineros. El miedo al escorbuto ha sido para millones de personas un miedo tan terrorífico que ha consumido la psique humana durante toda la historia de la humanidad hasta hace muy poco tiempo. Hoy en día casi nos hemos olvidado de la enfermedad.

Durante esa misma mañana, visité un hotel que servía un desayuno bufé y ofrecía una cantidad aparentemente ilimitada de fruta y zumo para todo el mundo, todo tipo de fruta procedente de todos los rincones del mundo. Había zumos en enormes jarras y todo el mundo podía servirse una cantidad ilimitada. Contemplé extasiado la escena y continuaba reflexionando sobre el milagro y sus consecuencias mientras los comensales se seguían sirviendo vaso tras vaso de zumo. Estaba seguro de que nadie estaba pensando en nada de eso en ese momento.

Es más, si me volviera a encontrar con un deseo irrefrenable por la fruta en cualquier lugar donde viajara, puedo en cualquier momento sacar mi tableta o mi teléfono móvil y buscar un supermercado local. Las herramientas de navegación me pueden llevar esté donde esté. Una vez llegue, puedo comparar

precios con el resto de establecimientos para asegurarme de que obtengo el mejor precio posible y empezar una videoconferencia en cualquier lugar del mundo y hablar sobre qué buena estaba la naranja que me había acabado de comer. Más adelante, podría descubrir sus propiedades nutritivas con una simple búsqueda e incluso hacer un vídeo sobre ello y colgarlo con un dispositivo *wireless* o a un sitio externo en cuestión de minutos para que sea visto por todos mis amigos cuando lo enlace a mi perfil de Facebook –de nuevo desde mi dispositivo *wireless* que tengo en mi mano–, y puede acaparar tanto éxito que podría llegar a atraer millones de visitas en cuestión de días. Todo esto es nuevo. Nada de esto hubiera sido posible hace cinco o incluso un año.

Sí, hay una revolución en marcha, una revolución que se está produciendo mucho más rápidamente que la revolución industrial. Vivimos inmersos en ella y existe, sin embargo, un extraño desconocimiento sobre ella. Si somos conscientes de la revolución, podemos criticarla. Nos quejamos de que engordamos por nuestra debilidad ante la gran cantidad de alimentos disponible. Nos quejamos sobre la digitalización de la sociedad. Vemos películas sobre los males ocultos en los supermercados y ponemos en duda si la fruta que consumimos ha sido de alguna manera pulverizada con sustancias químicas malignas que nos van a provocar autismo, cáncer o alguna otra enfermedad. La economía de mercado nos ofrece milagros cada minuto y apenas la percibimos todavía o la tenemos en cuenta; peor aún: denunciamos la materialización de este sueño para la historia, legado del cielo, que acabamos considerando decadente y peligroso.

Creo sinceramente que es trágico. Deberíamos ser conscientes de que las relaciones causa-efecto se dan por la acción humana y ocasionan el orden mundial que conocemos como economía de mercado, un orden promovido por las decisiones

humanas, la iniciativa empresarial, una fuerza incesante por aprender y copiar, impulsadas por la fijación de precios, la propiedad privada y la libertad de comercio. Estas instituciones son los milagros que disfrutamos a diario, el mundo de los Supersónicos que cada día me sorprende más.

También debemos tener en cuenta su contrario, el aparato gigantesco de coacción y coerción llamado estado que opera según principios que son en el fondo anacrónicos. Su principio es la violencia y sus contribuciones al orden social son las prisiones, los trastornos económicos y la guerra. Es algo pesado, ilógico y desagradable: el estado es el principal lastre en el mundo en la actualidad. La diferencia con el mercado es abrumadora. La tesis principal de este libro no difiere de las existentes en innumerables libros ya dedicados a esta materia: no hay nada que el estado haga que necesite hacerse o bien no pueda ser mejorado a partir de la acción voluntaria y al intercambio comercial. Espero que los ejemplos que presento en esta obra proporcionen una explicación convincente de esta idea tan presente hoy en día.

¿Por qué es importante este mensaje? El conocimiento se pierde con gran facilidad. La humanidad ha dado en varias ocasiones con la causa y la cura del escorbuto para que posteriormente desapareciera y debiera ser descubierta de nuevo años después. Esto ha sucedido en varias ocasiones: la última vez que se dio fue con el descubrimiento de la cura para el escorbuto en el siglo XX. Así sucede con la libertad humana: la verdad de su poder organizativo y productivo fue conocido en la Antigüedad, aunque la verdad debe ser descubierta de nuevo. Este libro es una contribución a la esperanza de no perder el conocimiento.

La mayoría de estos ensayos aparecieron en Mises.org en su formato original y muchos gozaron de gran difusión tras haber aparecido en LewRockwell.com. Su publicación fomenta

que otras personas escriban y aporten sus comentarios sobre ellos. Gracias a ello, los artículos se revisaron y se integraron finalmente a esta versión final. Una vez más, doy las gracias infinitamente a mis compañeros de trabajo en el Mises Institute, legiones de blogueros, amigos, familia, y sobre todo a Briggs Armstrong, Lauren Barlow, Aristotle Esguerra, Doug French, Brandon Hill, Hans-Hermann Hoppe, David Hughes, Stephan Kinsella, Eric Larson, Stephanie Long, B.K. Marcus, Mary Olsen, Arlene Oost-Zinner, Lew Rockwell, Judy Thommesen, Mark Thornton, Hilary Tucker, David Veksler, los jóvenes, entre muchos otros que no he incluido aquí. Hay sin duda un agradecimiento eterno a todos aquellos que nos precedieron, especialmente a Ludwig von Mises, Murray Rothbard, F.A. Hayek, Henry Hazlitt, Garet Garrett, Albert Jay Nock y Frédéric Bastiat. A todos ellos les debo poder reflexionar con más claridad. Gran parte de ellos sufrieron por la libertad de la humanidad más de lo que yo sufriré en toda mi vida, y toda la humanidad está en deuda con ellos.

*MILAGROS
DEL SECTOR PRIVADO*

CAPÍTULO 1

EL MUNDO DE *LOS SUPERSÓNICOS*

En la ya clásica y futurista serie de televisión aparecida entre 1962 y 1963 –admito que me encantaba esta serie y que era capaz de ver cada episodio más de 100 veces–, las personas trabajaban solamente algunas horas al día, viajaban a 800 kilómetros por hora en coches voladores que podían llegar a los 4.000 km/h y su principal trabajo era «pulsar botones». La galaxia era su hogar. La asistencia sanitaria operaba en un mercado totalmente libre con una atención al cliente extremadamente eficiente. La tecnología era lo mejor de la serie (aunque por supuesto su funcionamiento era deficiente y debía ser reformada, tal como sucede hoy en día). Los negocios estaban basados en la competencia, la prosperidad abundaba en todos los sitios, y el estado era irrelevante en buena medida excepto por el simpático agente de policía que aparecía alguna vez para comprobar que todo estuviera en orden.

La serie –que anticipó en gran medida gran parte de la tecnología que poseemos en la actualidad, sin incluir, extrañamente, el correo electrónico o los mensajes SMS– reflejaba el carácter de la época: un amor por el progreso y una visión de futuro con un rumbo definido. Fue la primera serie en color emitida en la cadena norteamericana ABC. No era ni utópica ni distópica. Era lo mejor que podría ofrecernos la vida tal como la conocemos proyectada en el futuro. Las personas no vestían uniforme u obedecían a un dictador en una televisión en sus hogares. La gente en la serie daba tanta importancia a la

moda como cualquier norteamericano medio. Su comida no se presentaba en forma de píldoras a menos que así lo quisieran (igual que ahora). Disfrutaban del equivalente a los servicios de reparto de comida rápida a domicilio actuales.

El transporte evolucionaba hacia la automatización: existían maneras más eficientes de conseguir que la energía humana se destinara a cosas más útiles.

El mensaje es real. El ser humano y la estructura de la realidad en sí misma no cambian. Solo los dispositivos cambian y esto es lo más extraordinario que puede suceder en el mundo material. Podemos empobrecernos o enriquecernos. Sin embargo, los hechos fundamentales sobre cómo el mundo ha sido creado son inmutables. Los bienes son limitados, pero las posibilidades para la creación económica son infinitas en un mundo lleno de comercio, fronteras, derecho e innovación del sector privado.

¿Por qué es tan divertido ver esta serie? Porque es una serie de dibujos animados, llena de artilugios ingeniosos, pero sobre todo porque todo el mundo parece mostrarse extrañamente indiferente ante todos los milagros que lo rodean. Viven en casas posmodernas en un polo gigante en el cielo, y todavía piensan y actúan como el resto de nosotros, que vivimos en tierra firme. No se sorprenden ante nada, sin importar lo impresionante que sea.

A pesar de las facilidades de sus vidas, los problemas esenciales son esencialmente los mismos, los vicios humanos presentes desde la aparición de la escritura. Los niños tienen los mismos problemas que nuestros hijos. «Lucero Sónico» está muy mimada y se enfada, «Cometín Sónico» siempre se mete en problemas, George intenta en vano solucionar todos los problemas, pero se preocupa por conservar su trabajo, y «Ultra Sónico» se ocupa del cuidado del hogar.

La perseverancia en la elección lleva a reclamar más y más avances. El hecho de «apretar botones» es el tema principal del

cual se quejan todos. Cuando quieren irse y relejarse, normalmente escogen alguna empresa con experiencia en viajes al pasado que los transporta al Lejano Oeste (la *Beta Bar Ranch*), pero esto es solo imaginario. Tenemos algo equivalente en nuestras fantasías de «volver a la naturaleza» cuando compramos comida ecológica en supermercados o cuando creemos que el hecho de no imprimir «este correo electrónico» va a salvar el planeta.

¿De qué manera nuestro mundo es como el suyo? Nosotros también estamos rodeados de milagros asombrosos creados por la iniciativa privada. Cada día nos levantamos con una repentina innovación que mejora significativamente nuestras vidas. Los avances han llegado tan rápidamente que los artículos sobre tecnología escritos hace pocos años ahora ya nos parecen anticuados.

Cometín Sónico (Boy Elroy) tiene una máquina que muestra mensajes en tiempo real y que le permite jugar a béisbol y tenis con los miembros de su familia. Hablamos de la vídeo-consola Wii. Los aspiradores funcionan sin tener que arrastrarlos, algo de lo que sin duda ya disfrutamos. Igual que Los Supersónicos tenían su casa en las nubes, cada vez una mayor parte de nuestras vidas asciende al mundo digital de la informática nube o *cloud*, en la cual quedamos con nuestros amigos, trabajamos, disfrutamos de nuestro tiempo libre y buscamos la verdad e inspiración.

La vídeo-telefonía es el gran sueño que esta serie ideó. Cuando realizabas una llamada de larga distancia (¿alguien se acuerda de esto) «a cobro revertido» (¿alguien realmente no se ha olvidado?), tenías que aceptar o rechazar el importe de la llamada. Este vídeo-teléfono estaba colgado al techo y no podía ser movido, al igual que eran los teléfonos hasta hace un par de días.

Peter Sidor, una de las personas más importantes en el Mises Wiki, recientemente me llamó a través de la aplicación de Skype

en mi iPhone, que descargué el otro día solo para probarla. Contesté y, *voilà*, estaba en una vídeo-conferencia con un colega en Alemania. Iba caminando con mi teléfono. La aplicación era gratuita. Skype me pedía que utilizara el servicio. El iPhone 4 venía con la aplicación «FaceTime» de serie, un milagro cuya aparición no creó una gran expectación.

Todas estas creaciones son realmente increíbles. Es sorprendente e inconcebible –mucho más escandalosamente avanzado que cualquier cosa que los creadores de Los Supersónicos hubieran podido imaginar–. Con este pequeño dispositivo en mis manos puedo chatear con vídeo en tiempo real con cualquier persona del planeta y pagar únicamente mi cuota de servicio habitual. Esto significa que cualquier persona de este planeta puede hacer negocios y amistades con cualquier otra persona del resto del mundo. Las fronteras, los límites, las barreras –todas ellas– son eliminadas.

El ritmo del cambio es alucinante. El mundo se está reinventando en nuestras vidas, continuamente. El correo electrónico ha sido de uso convencional desde los últimos 15 años aproximadamente y ahora los jóvenes lo consideran un medio de comunicación anticuado utilizado únicamente para la mayoría de correspondencia formal. Hoy en día, los jóvenes se comunican con la mensajería instantánea a través de las redes sociales, pero esto es solo por ahora y quién sabe qué nos traerán los próximos años.

Curiosamente, prácticamente nadie parece preocuparse. Incluso, muchos menos se preocupan de la fuerza institucional que hace todo esto posible: la economía de mercado. En cambio, nos acabamos de adaptar a un nuevo escenario. Incluso hemos oído hablar del grave problema del «agotamiento del milagro» –demasiadas cosas buenas– demasiado a menudo. En realidad, este mundo parece haber llegado sin mucho ruido. ¿Por qué? Algo tiene que ver con la naturaleza de la mente

humana, que no cambia ni cambiará mientras vivamos en un mundo de escasez. Nos acostumbramos a estas creaciones increíbles y no pensamos casi en su origen o el sistema que las produce.

El mundo de Los Supersónicos es nuestro mundo: impactantes avances tecnológicos, una cultura burguesa firmemente arraigada, una cultura de la empresa que es el verdadero origen del bienestar. Aunque hay una diferencia mayor, y no es precisamente el coche volador, que posiblemente pudiéramos tener no por el plan gubernamental de promoción de carreteras y el plan central gestor del transporte. Es esta: también vivimos en medio de un inmenso estado leviatanesco que desea controlar todos los aspectos de nuestra vida hasta el más mínimo detalle.

El gobierno sigue siendo Los Picapiedra, un anacronismo que rige como un colosal lastre en nuestras vidas. Con sus manipulaciones monetarias, regulaciones, políticas tributarias, guerras (a ciudadanos, productos y servicios), prisiones e injusticias, nosotros, en cambio, somos todo lo contrario. Intentamos hallar la solución y seguir viviendo como Los Supersónicos. A veces las cosas no funcionan por el anacronismo que nos gobierna. Incluso, a menos que entendamos la causa y la consecuencia tal como expuso la antigua tradición liberal, podemos llegar a perder los orígenes.